

Un devenir de alta intensidad

ROBERTO GAVALDÓN. REY DEL MELODRAMA MEXICANO

Desde su primera película, *La barraca* (1945), adaptación de la novela española de Vicente Blasco Ibáñez, publicada en 1898, y hasta su última película, *Cuando tejen las arañas* (1979), Gavaldón dio cuenta del momento que vivía. En 1945, cuando estrenó su opera prima, el mundo estaba en tremendo movimiento. Hollywood estaba en total efervescencia y el cine mexicano atravesaba su mejor época. Terminaba la Segunda Guerra Mundial y había un aroma de renovación en la industria del entretenimiento mundial. Las ideologías en Latinoamérica estaban sacudidas, había un diálogo franco entre pensadores y la presencia de grandes intelectuales españoles exiliados en México se instalaba con un alto sentido de influencia.

Tanto en su producción rural como en su cine urbano, consolidado desde finales de los cuarenta, fortísimo en los cincuenta y continuado hasta los setenta, Gavaldón se afirmó como parte de la sociedad inteligente de la Ciudad de México a lo largo de las cuatro décadas que duró su carrera. Cineasta con las preocupaciones de un hombre educado y moderno, dejó en su cine su visión de las contradicciones de las distintas épocas que le tocó vivir y, con mayor o menor sutileza, se ocupó de las denuncias pertinentes y los hechos relevantes de la historia mexicana del siglo XX, estableciendo en el juego de sus escenarios ciudadanos o rurales realidades que, en más de una ocasión, fueron criticados por su distancia con los ideales sociales o políticos y su manera de abordarse. En México, un deber público había minado siempre la posibilidad de un retrato agudo de la sociedad, pero en el cine de Gavaldón siempre estuvo latente la pulsión de transparentar los contrastes, de evidenciar las paradojas de las élites ante las clases disímiles, de hacer convivir a los ignorantes con personajes educados. De apuntar las virtudes y vicios postrevolucionarios en un México que parecía no querer mirarse a detalle en pos del futuro. Al mismo tiempo, siempre cumplía con los estándares del mejor cine.

[...] Roberto Gavaldón es un director de cine mexicano que no limitó sus posibilidades fílmicas. Es un director que como traductor de cotidianos sofisticó su tiempo y pensamiento. Sus personajes: quirománticos estafadores, mujeres cosmopolitas con indumentarias a la moda internacional, hambrientos leñadores que no les basta comerse en solitario un guajolote entero y se ensueñan con elixires que todo lo curan; caciques, mujeres indígenas humildes hasta en la forma de mirar, la manicurista pobretona de intenso dolor sentimental, los asesinos, los justos, la fraticida. Inspiraciones de buenas historias, diálogos y discursos de las mejores plumas, resguardo de conflictos burgueses provenientes de las resistencias. ●

Paula Astorga Riestra
Cineasta y promotora cultural